



LAS FRONTERAS, LA PAZ Y EL CONCIERTO EN CUBA

Por HABEY HECHAVARRÍA PRADO

Cuando terminó el Concierto “Paz sin Fronteras”, el pasado 20 de septiembre alrededor de las 7 y 20 pm, una atmósfera de victoria parecía flotar sobre el eufórico gentío que desbordó la habanera Plaza de la Revolución. Para quienes vimos la transmisión televisiva en vivo y desde Cuba, el ambiente sonoro del final, interpretado por Los Van Van, y la emoción general, delataba, antes que un puro esfuerzo artístico, una apoteosis de la voluntad y de la inteligencia en medio de circunstancias adversas. El alcance del acto cultural, devenido acontecimiento social después de las polémicas y tensiones que su preparación había generado, parecía descubrir, en medio de los abrazos que se prodigaban los realizadores, un inconfundible matiz político.

La política de un concierto que se pretendió apolítico

“Un concierto apolítico”, repetían los organizadores, como para sentenciar que no pretendían introducirse en el intríngulis del ya absurdo diferendo entre Cuba y Estados Unidos, y menos apoyar a alguna de las partes. La declaración anterior implicaba también una abstención en cuanto a las circunstancias internas de la realidad sociopolítica de Cuba. El objetivo, afirmaron con insistencia el músico colombiano Juanes y el cantante español Miguel Bosé, principales promotores del espectáculo junto al cubano Amaury Pérez, y respaldados por varias instituciones cubanas de la cultura, era promover la paz, celebrarla por adelantado y tender puentes de distensión y entendimiento entre los pueblos.

Tales argumentos tuvieron buena acogida, al menos aceptación, en medio de las autoridades gubernamentales de Washington y La Habana, dos importantísimos actores del problema bilateral. Sin embargo, tanto dichas razones y los planes de concreción fueron rechazados vigorosamente por los principales representantes políticos del exilio cubano en el país norteamericano y sobre todo en el Estado de Florida y en Miami. Grupos radicales de esta ciudad manifestaron su oposición al concierto mediante algunas reacciones extremas, gestos que tuvieron gran impacto mediático, incluso en Cuba. Con tales respuestas, donde no faltaron amenazas al músico colombiano y a su familia, la edición cubana del Concierto “Paz sin Fronteras” (el cual ya se había realizado el año 2008 sin ningún arrebato en una zona limítrofe entre Venezuela,

Ecuador y Colombia) penetraba de lleno en un terreno minado de la política internacional que lamentablemente no posee todavía una perspectiva definida para su culminación.

Aunque el gobierno cubano no emitió declaraciones oficiales, sí lo hicieron algunos de los participantes, quienes con mucha cautela, aún antes del concierto, dejaron ver el interés de ayudar en la configuración de mejores relaciones y circunstancias para el desarrollo del país.

En cualquier caso, resulta obvio que todo empeño a favor de la tranquilidad pública o la reconciliación interviene en cuestiones propias de la esfera sociopolítica e influye sobre el poder, aún cuando no tenga el propósito de favorecer a uno de los dos bandos. Lo mismo podemos decir del intento de crear un clima de no agresión, diálogo y respeto hacia el exterior y hacia el interior de las sociedades. Por ende, este concierto autodeclarado “apolítico” (quizá desde su génesis no podía aspirar a tanto) procuró colocarse por encima de las diferencias originadas en tendencias políticas que se consideran enemigas. Acaso no sea desatinado concluir que el mérito fundamental al concebir el concierto haya sido la superación de las ideologías políticas y del típico pensamiento ideológico que las incita. Un pensamiento a-ideológico o post-ideológico, y no apolítico en cuanto traza su propia línea social, imaginó una multitudinaria reunión habanera de artistas y público con diversos credos sociales al amparo enaltecido de la música que, según pensaban los antiguos griegos, deleita, educa y purifica.

De la concepción a la concreción de un concierto de paz

Una pregunta clave nos emplaza. ¿El concierto consiguió o no los objetivos que se había propuesto? Caben varias respuestas. Si las pretensiones eran realizarlo contra todo obstáculo, tuvieron sentido ciertas declaraciones triunfales de imposición sobre quienes habían puesto esos obstáculos. Pero si la meta estuvo en fraguar un recital como mensaje de concordia y enten-

dimiento, a pesar de las diferencias y de los adversarios, declaraciones como aquellas solo podrían leerse de forma ideológica y alejada de un contexto de paz y reconciliación.

En casos semejantes uno entiende que la paz no consiste en una simple ausencia de enfrentamientos bélicos. Las cuatro décadas de Guerra Fría, que culminaron hace exactamente 20 años con el derrumbe del simbólico Muro de

nes tampoco la encontramos en medio de las sociedades y del mundo porque nadie puede dar lo que no tiene. Esos tres registros, el hombre, la sociedad y el mundo, que están implicados orgánicamente en todo empeño existencial, tampoco pueden faltar en la búsqueda y defensa de la paz.

Da la impresión que Juanes y su equipo pensaban que un concierto de paz en La Habana constituiría una vic-



Berlín, lo ejemplifican. La paz tampoco depende de tratados de no agresión, y antes de vincularse a manifestaciones, signos o aparentes situaciones de calma, es una virtud que pertenece al estado del alma humana, una meta espiritual conseguida mediante la voluntad, como reconocen diferentes concepciones éticas y religiosas. Luego, muchas veces pensamos que los caminos de la concordia dependen solo de ciertas leyes o determinados acuerdos. A la inversa, cuando falta paz en los corazo-

nia en sí mismo, un pequeño paso hacia la armonía. Entonces, el proyecto debía disolverse ante la ausencia de estrellas de la música continental cuyos nombres en un principio se mencionaron como posibles participantes (Ricky Martin) u otros que estuvieron en la cita colombo-venezolana (Alejandro Sanz, Carlos Vives, Juan Luis Guerra y Ricardo Montaner) pero que no actuarían en la versión cubana.

Cuba recibió a un elenco nacional e internacional que, de forma gratuita,

integraron, además de la estrella principal, los españoles Bosé, Víctor Manuel y Luis Eduardo Aute, los puertorriqueños Olga Tañón y Danny Rivera, el rapero italiano Jovanotti, el ecuatoriano Juan Fernando Velasco, y los cubanos Amaury Pérez, Silvio Rodríguez, el grupo Orisha, X Alfonso, Cucu Diamante (acompañada por la agrupación Yerba Buena), Carlos Varela y Los Van Van. Ningún artista de origen cubano residente en Estados Unidos aceptó venir a su patria con este motivo, tampoco participaron otros que viven en la Isla como el polémico y muy escuchado grupo de hip hop Los Aldeanos (a quienes Juanes saludó en un momento del show), ni siquiera Pedro Luis Ferrer, prestigioso y popular cantautor que poco a poco resurge a la luz pública a través de conciertos y de la radio, después de varios años alejado de los medios de comunicación.

Abundan las especulaciones sobre cuál debió ser la composición, y si dicha composición inclinaba el concierto hacia la izquierda o no, con la correspondiente ganancia para un sector u otro del espectro político. Los devaneos analíticos en tal sentido, a la altura de la conclusión del espectáculo, solo pueden empujarnos hacia una consideración. Se realizó el concierto que se pudo, y se pudo el que las circunstancias y los criterios personales permitieron. Por supuesto, nunca fue ni el ideal ni lo que soñaron, imagino, sus responsables. Fue el que fue.

Otro motivo de conflicto giró en torno al lugar de presentación. Ningún cubano que esté al tanto de la historia de su país ignora el fuerte simbolismo político e ideológico de la Plaza de la Revolución. La primera operación de desideologización estuvo en la reconstrucción de un espacio espectacular en medio de ese espacio geopolítico tan peculiar. Para ello usaron el imprescindible capital simbólico que la Iglesia Católica ha ido dejando a lo largo del devenir histórico de Cuba. Ubicar el escenario y al público justo en la zona y con la posición que tuvieron el presbiterio y los participantes en la Santa Misa que ofició en la capital el Romano Pontífice Juan Pablo II, Siervo de

Dios, develó la doble intención de desmarcarse de las rigurosas coordenadas ideológicas del lugar, y a la vez buscaba emprender un derrotero propio, alejándose de los márgenes políticos desde un referente distinguido por su verticalidad moral.

Los defensores de la paz son amigos de la libertad y de la justicia

Derribadas las fronteras físicas emergieron las fronteras mentales: tras la necesidad de orden, se dispusieron medidas de seguridad, delimitaciones de áreas en la plaza, determinada distribución del público. Los promotores respondieron con una agenda que apostaba por la libertad y la responsabilidad. Artistas y públicos irían vestidos de blanco (excepto Carlos Varela que no resistió la tentación de aparecerse con ropa negra) en una expresión de compromiso y de correspondencia, no hubo presentadores en el escenario (sí los usó la transmisión de la televisión cubana), y se evitó (hasta donde precariamente se pudo) introducir comentarios que politizaran el evento. Cada músico, al cantar un pequeño número

de temas que estuvieran en consonancia con los fines deseados, introdujo breves comentarios, expresiones sugerentes, alusiones específicas o recados personales, como el que Olga Tañón dirigió a una muchacha cubana cumpliendo un pedido de su padre residente en Miami. En fin, de esta forma el concierto rondó en más de una ocasión el área de lo político explícito, aunque sin caer del todo. Las intervenciones, por esporádicas y medidas, no comprometieron el proyecto ni arrastraron la naturaleza del recital fuera de sus pretensiones.

Un elemento que ayudó al éxito lo descubrimos en que algunos de los participantes son admiradores del proceso revolucionario cubano o de sus innegables beneficios en las áreas de la salud, la educación, la cultura y una parte de la atención social. Los voceros de la paz, en esta ocasión, fueron artistas enlazados de una forma u otra con los ideales de justicia social y de bienestar para la mayoría de los ciudadanos que inspiran a la sociedad socialista. Ellos defendieron una paz que pasa por el reconocimiento de la libertad del otro, se desenvuelve en los predios de la justicia, infinita galería a la cual se le pide siempre un poco más y cuya plenitud



parece inalcanzable, al menos, en este mundo. Y no pienso que los músicos cubanos compartan exactamente el mismo ideario político. Tampoco creo que todos los participantes extranjeros abracen sin reservas el modelo socioeconómico que ha regido a la nación cubana por casi cinco décadas. Juanes dejó bien claro en varias ocasiones que él no es comunista. Supongo que el reconocimiento de unas conquistas básicas ha limado los desencuentros en otros aspectos, quizá principios fundamentales, que a unos los lleva a atacar y a destruir, pero a otros los impulsa a dialogar y a forjar un destino en común por amor.

Al megaconcierto, que se inició con una breve intervención de alumnos del Conservatorio Amadeo Roldán, asistieron más de un millón de espectadores y fue seguido por un número de telespectadores que seguro multiplica varias veces la cifra. Una marea blanca y entusiasta gozó a más no poder lo que consideramos un espectáculo inédito en Cuba y uno de los más grandes que se han registrado en el mundo. Los jóvenes que inundaron la Plaza de la Revolución, incluso aquellas personas que se desmayaron al permanecer bajo las condiciones de un sol imponente y del calor abrasador durante las horas de mayor temperatura en el día, tras disfrutar de una actuación agradable pero un poco gris de Juanes (parecía un director ocupado y preocupado con cuestiones propias de la organización) y otras descollantes de Olga Tañón y de Jovanotti, o la gama variopinta que el resto ofreció, se llevaron a sus casas una alegría diferente y en la memoria una imagen de la paz asociada al arte y a los valores humanos.

Lo quisieran o no, los hacedores del evento heredaron, con el capital simbólico de la Misa del Papa, un ramillete de connotaciones evangélicas. Cabe, pues, la lectura cristiana del concierto, sobre las caprichosas lecturas políticas o las interpretaciones estéticas. La justicia, el amor, la reconciliación, valores consustanciales asociados a la fe en Je-

sús, Hijo del Hombre, suelen considerarse pilares de la civilización contemporánea. Mientras miraba el concierto vislumbré, como de cierta forma dijo Danny Rivera, la siembra prolongada de un manojito de principios urgentes para la construcción de un mundo humano. Cada interpretación aumentaba desde el escenario la cascada de semillas de paz y de alegría que se derramaba sobre la multitud en forma de notas musicales y de voces. La hermosa parábola del sembrador se descubre idónea ante un mundo sediento de buenas noticias, y no existe un mensaje mejor que el que se entrega en el testimonio de las buenas obras de recta intención, coherentes y esperanzadoras. Una vez que los asistentes reciben el influjo de la siembra, el pensamiento evangélico, descubre en ellos una inmensidad de terrenos de los que se espera, a su momento, un fruto: el comportamiento personal en función del bien común y la “conversión” libre en un sembrador de paz y de alegría.

Denotaciones y connotaciones del post-concierto

Desde que empezaron las gestiones en el mes de junio hasta que concluyó “Paz sin Fronteras” brotaron opiniones y saluciones con el afán de capitalizar el acontecimiento, algunas menos afortunadas que otras. Incluso hubo quienes sentenciaron en función de lecturas políticas absolutas que pudieron desfigurar el ámbito de libertad y aceptación mutua donde sucedió el concierto. Cada comentarista procuró llevarse una tajada; incluso este autor arrima la brasa a su sardina consciente de la amplitud de connotaciones que tiene o llegará a tener el post-concierto.

Lo que nadie puede negar es el impacto del suceso dentro de la “Era Obama”, un planteamiento distinto en las hipertrofiadas relaciones no solo entre Cuba y los Estados Unidos, sino entre cubanos de la Isla y cubanos de la diáspora, de los cuales una parte muy influyente se considera líder de un exi-

lio político.

Un asunto paralelo, la actuación en vivo de estrellas internacionales, no ha sido habitual para los cubanos residentes en el país. La consecuente avidez no ha sido saciada, al revés, se ha abierto el apetito a futuras oportunidades. Más no será fácil lograrlo. Al concluir la redacción de este artículo, la Sinfónica de New York todavía no sabe la fecha en que podrá presentarse en La Habana, luego de que se le negara la autorización para viajar a Cuba a los patrocinadores de la gira, siguiendo las limitaciones del llamado embargo o bloqueo, principal traba en las relaciones entre los dos países. Y ni aún así se detienen las relaciones bilaterales avanzando por senderos escabrosos, con atisbos y aproximaciones que bordean las fronteras, la autoridad y la ley, dejando pequeños precedentes a la manera de una ruta de semillas. Los acercamientos y tanteos están abriendo orificios imperceptibles a ambos lados del gran muro, el cual, quizá al cabo del tiempo, no podrá ya contener la presión de la realidad y del sentido común, hasta no ser otra cosa que una convención vacía, un recuerdo, una formalidad contraria a toda lógica. El concierto “Paz sin Fronteras” ilustra tal procedimiento. Pues todavía bajo su fragor uno se pregunta: ¿cómo y en nombre de qué valores humanos se puede ofender la mano de la paz ofrecida honesta y desinteresadamente?

Rememoramos de nuevo al Santo Padre Juan Pablo II que nos indicó un camino seguro en la mutua apertura de Cuba al mundo y del mundo a Cuba, justo desde donde los artistas latinoamericanos ejecutaron el concierto. Entendimos hace 12 años que Cuba no podrá abrirse al mundo si el mundo no da pasos de respetuosa apertura, pero ahora entendemos que tampoco Cuba conseguirá abrirse al mundo si antes no se abre a sí misma, a todas las maravillosas Cubas que pululan y anhelan cumplir con su deber: superar fronteras, cantarle a la patria, besar la bandera y sumarse a la plaza.